

## RECENSIONES

F. J. HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: *Y ese hombre seré yo (La autobiografía en la literatura francesa)*, Universidad de Murcia, 1993.

El «yo mismo soy la materia de mi libro» (Montaigne) es el primer gran mojón en el camino de la modernidad, de la literatura de la modernidad. No obstante, habrán de pasar al menos dos siglos para que ese verbo antropocentrista se haga carne literaria y habite entre nosotros, en la escritura occidental quiero decir.

En la encrucijada de los siglos XVIII y XIX se puede situar el nacimiento del término «autobiografía» en el seno de las lenguas europeas. Será sobre todo a partir de esa época cuando comience la inacabada polémica sobre las fronteras del «corpus» autobiográfico. ¿Toda escritura es, al fin y al cabo, espejo del yo o hay que delimitarla en parcelas concretas? Pues bien, a la ya abundante bibliografía anglosajona y francesa sobre el particular, se ha venido a sumar, oportunamente, este libro del profesor Hernández, vasto recorrido por la literatura del país vecino con pequeñas ramificaciones por otras europeas, desde Rousseau hasta nuestros días.

No es un trabajo, sin embargo, que interese solo a los que deseen profundizar en esa literatura. Aunque sobre todo él planean las gigantescas presencias del escritor ginebrino y de Stendhal —autores que tan bien ha demostrado conocer el dr. Hernández—, tres cuartas partes de su ensayo constituyen una toma de posición sobre los problemas teóricos de la autobiografía como género literario, sobre la posibilidad

o imposibilidad de verter ese vasto caudal en una piscina conceptual, por muy olímpica que ésta pudiera ser. Ya de entrada y para no escurrir el bulto de la definición, el autor anuncia que se sitúa en la línea de Gusdorf o de Starobinski, «en el sentido de que propugnan un acercamiento global y, por decirlo de alguna manera, genético al fenómeno autobiográfico» (p. 10).

«Y ese hombre seré yo», umbral de *Las Confesiones* de Rousseau, es la viga maestra sobre la que se sostiene su modernidad y la llave que abrirá las puertas no solo a sus innumerables imitadores, sino las de la crítica de uno de uno de los grandes caminos de la literatura, tran transitado en la actualidad. El discurso en primera persona es altavoz que comienza a ser escuchado: «Las nuevas condiciones sociales e ideológicas que se abren paso a la muerte de Luis XIV y sobre todo con la filosofía de la Ilustración favorecen la toma de conciencia del individuo en tanto que tal, así como la manifestación de los sentimientos íntimos» (p. 21). De ahí a una de las cumbres de la literatura autobiográfica no hay más que un paso. La generación romántica, exaltadora del yo, va a engrosar ¡y de qué manera! el repertorio: Chateaubriand, Lamartine, Vigny, G. Sand, V. Hugo, etc. La musculatura de ese ¿género? no pierde su vigor cuando se apagan las luces del romanticismo. Allí están, entre otros, los *Recuerdos de infancia y de juventud* de Renan, los *Recuerdos literarios* de Maxime du Camp que, tomados con precaución, tanto han ayudado a conocer una época y, sobre todo, la vida y obra de Flaubert. Y así hasta llegar a

la literatura de nuestro siglo: desde Gide y su sinceridad escandalosa hasta Robbe Grillet y su desconfianza hacia esa misma sinceridad, pasando por Mauriac, Sartre, Simone de Beauvoir, Michel Leiris, por la tercera vía de Marguerite Yourcenar o por tantos otros auténticos escritores.

En nuestros días, la autobiografía, el «yo» que la sustenta, ha pasado a ser objeto voraz de consumo. Sobre todo, la intimidad de los personajes del espectáculo, de la política o del mundo de las finanzas, clientela fija de ciertos medios de comunicación de masas, es diseccionada en el quirófano público. Unos y otros, los escritores, los escribanos o los «negros» actúan quizá movidos por el mismo motor: dejar memoria de sí —las más de las veces efímeras—, retorcerle el pescuezo al tiempo, detenerlo en la escritura, vencerlo engañosamente.

Dejando a un lado los elementos de sociología literaria, en el capítulo III el profesor Hernández demuestra conocer la ancha bibliografía crítica que la autobiografía ha generado en estos últimos cuarenta años. Su gran caballo de batalla podría resumirse en los siguiente términos, alineándose con la tesis de Yves Coirault: «el crítico Procusto intentando adaptar a su férreo lecho (...) el cambiante Proteo de la escritura autobiográfica». Es decir, cómo aherrojar con un solo corsé crítico el ancho mundo por el que circula el «yo»: su propio ser y el que se desencadena al contacto con el mundo exterior y, por supuesto, al calor o al frío de la escritura.

Su revisión y su toma de posición parten, como no podía ser de otra manera, de los trabajos iniciales de Jean Hytier y de Georges Gusdorf, hasta llegar al primer gran hito: *La autobiografía en Francia* (1971) de Philippe Lejeune, a su primera definición de este terreno de la exploración literaria y a sus retoques de la misma en su siguiente ensayo, *El pacto autobiográfico* (1975) o a

un artículo suyo del mismo título publicado en *Poétique* (noviembre de 1983). En todos ellos advierte el dr. Hernández la misma debilidad de la investigación literaria moderna: el imposible empeño de encerrar entre las cuatro paredes de una teoría el proteico mundo de la escritura. En sentido estricto y según el criterio de Lejeune (por más que el héroe se parezca al autor, quedaría fuera de la definición de autobiografía si no lleva su nombre), habría que excluir, por consiguiente, el *Adolphe* de Benjamin Constant o la *Vie d'Henry Brulard* de Stendhal. En resumen, es tal «la variedad de formas, su capacidad de evolución y renovación es tan grande que difícilmente se puede encasillarlo». En consecuencia, es preferible hablar de discurso autobiográfico, «exploración de la propia personalidad, ese nuevo espacio que la literatura descubre y explora de mil maneras diferentes» (p. 57).

Tras situarse en esa amplitud de miras, que no eclecticismo, el autor nos introduce en una de las esencias de ese discurso: la sinceridad que ha de comportar, revestida de exigencia literaria, el espacio autobiográfico. Verdad exigida que puede darse de bruces con la tendencia a embellecer la propia vida narrada, la dificultad de reconocernos al mirarnos que sintetiza Marguerite Yourcenar en su *Les yeux ouverts*: «el pasajero de un tren en marcha no se ve». Salvo en los documentos que relatan la vida de los famosos, ni la sinceridad ni la verdad son, por sí solas, ingredientes suficientes para que el discurso autobiográfico obtenga el pasaporte de «documento fehaciente» (p. 57). Eso sí, esos requisitos son la necesaria fuente impulsora para que el escritor emprenda el camino hacia el encuentro con su propio yo, que no es inmutable ni en el tiempo ni en el espacio. Debe creer, pues, que *puede* ser sincero, debe tener la intención de serlo. No descalifica su escritura intimista el hecho de que se mueva en un terreno pantanoso cuyos sedimentos están formados por el mate-

rial de la historia, de la ficción y del análisis psicológico.

En el capítulo «Voces, modos, tiempos», el profesor Hernández se ocupa de señalar los campos paralelos o tangenciales: la diferencia entre la autobiografía y las Memorias, entre aquella y el Diario íntimo, la exploración de la exterioridad y de la interioridad del sujeto autobiográfico. En el aspecto temporal, ¿cómo verter en la escritura el tiempo encadenado, hilo conductor de toda vida humana, inutilidad de recuperar, desde el presente, el pasado tal como sucedió? De ahí que muchos escritores dejen a un lado el estricto e imposible orden cronológico para mecerse en las oscilantes aguas de la conciencia. Ese es el caso, justamente recordado y valorado por el dr. Hernández, de Claude Simon, cuya obra es una suerte de autobiografía hecha a pedazos. O el del revolucionario Michel Leiris que compone otro puzzle teniendo como eje central sus temas y obsesiones.

En cuanto a los contenidos, el capítulo VIII es una especie de catálogo comentado de los temas que aparecen en la literatura autobiográfica y que «corresponden en general a los grandes acontecimientos de la vida del autor. Acontecimientos cargados de sentido, vividos en toda su plenitud y que han dejado honda huella en la conciencia del escritor» (p. 126). No se trata, como advierte el autor, de plantear una especie de modelo-patrón, porque siempre será el buceo en el recuerdo el que conforme la mayor o menor presencia de ciertos temas. Se pasa revista así al destacadísimo primer plano que ocupa la infancia como lugar edénico o a su rechazo, como en los casos de Sartre y Malraux, o a ese viaje más allá del nacimiento de Marguerite Yourcenar. En segundo lugar, los parientes como modeladores de la persona-

lidad, la crónica familiar, la sombra sombría del padre frente a la luminosidad de la madre. Aparecerán luego el colegio, la relación con los profesores, otro apartado fundamental, los paisajes visitados o soñados, las lecturas infantiles del futuro escritor que «hacen de la autobiografía un libro espejo de otros libros» (p. 150).

Antes de penetrar en el universo de los dos grandes «inventores» de la autobiografía, parecía necesario tratar de delimitar o, al menos plantear, las fronteras entre el espacio íntimo y la ficción, entre la subjetividad y la objetividad, la afinidad descubierta o velada entre el escritor y los seres producto de su imaginación: «por muy intensa que sea la proyección del autor en sus criaturas de ficción no hay en ningún momento la implicación absoluta que supone la coincidencia de identidad (...), el pacto autobiográfico impone sus derechos» (p. 161).

Llegamos así al final de este ensayo coronado por dos cimas: la de Rousseau y su frustración de filósofo como motor de su ciclo autobiográfico y la de Stendhal cuya escritura siente como «una imperiosa necesidad para introducir un orden en el torrente caudaloso de sus vivencias y más tarde de sus recuerdos» (p. 210).

Una selecta bibliografía al respecto acompaña un trabajo insoslayable en el panorama editorial español no solo, repito, por lo que supone de incursión sobre todo en la literatura francesa, sino por las herramientas que proporciona a todo aquél que se sienta atraído por esa modalidad crítica. A fin de cuentas, la autobiografía de los demás no deja de ser escaparate en que podemos ver, entre luces y sombras, la nuestra.

*Antonio Álvarez de la Rosa*